

CLÁSICOS EN CORDEL

3

EL BEBÉ DUERME

UNA VEZ EN LA VIDA

VICENTA SIOSI

CLÁSICOS EN CORDEL

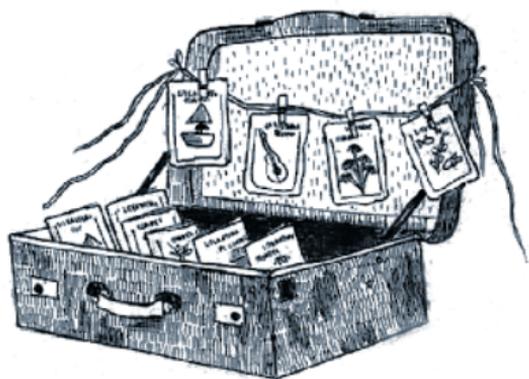
3

EL BEBÉ DUERME

UNA VEZ EN LA VIDA

VICENTA SIOSI

Wayuu del clan Apskana



CLÁSICOS EN CORDEL

3

La literatura se conjuga en plural: las literaturas, y entre ellas, las consagradas, las ignoradas y las populares, como las que cuelgan en un cordel, amarradas por ganchos de ropa, o como las que buscamos difundir en esta colección, breves, diversas, dispuestas a viajar por redes sin atadura aparente, nos interpelan, azuzan nuestras capacidades y nos incitan a recorrer las más trilladas o inesperadas sendas con nuevos ojos y oído afinado. Educen las emociones y nos instigan a imaginar otros mundos posibles. Nos mueven a admirar, emular y ejercer el trabajo de la palabra y su inseparable doble, la escucha. Nos invitan a ponernos en los zapatos de otro, de la otra, de un sinfín de seres que no conocemos y por prejuicio encarnado despreciamos.



Todo eso y más ocurre con los dos relatos de Vicenta Siosi que publicamos en esta tercera entrega de la colección Clásicos en cordel. La autora wayuu no solo sacude los usuales lugares comunes sobre la irrelevancia de las literaturas indígenas y la inexistencia de escritoras en esas literaturas en nuestro país, sino que su obra nos reta a ponerlas a las dos, las literaturas y las escritoras indígenas, en un lugar cardinal de nuestros mapas literarios, políticos y afectivos. Estos relatos llaman también a que nos dejemos inquietar por el tejido de circunstancias, aspiraciones y acciones que signan las vidas de mujeres, hombres y niñas wayuu en la contemporaneidad y a que indagemos, reconozcamos y reflexionemos sobre las muchas veces dolorosas y dispares maneras en las que esas vidas están entrelazadas con la nuestras.

MARTA ZAMBRANO

EL BEBÉ DUERME

Los wayuu tienen por costumbre dejar a los bebés al cuidado de otros niños. Estos también cuidan los ranchos, cuando los adultos salen a cazar, a cortar leña, a buscar agua o cuando visitan otras rancherías.

Esta historia sucedió cerca de Pancho. Mappa dejó solos a sus hijos de uno, cuatro, seis y ocho años, mientras ella y su marido iban a Riohacha a comprar hilos para tejer mochilas.

El de ocho parecía tener menos, pues, por el poco alimento que ofrece el desierto, los indígenas no crecen mucho. Este, siendo el mayor, propuso a sus hermanos ir a recoger isso al monte. El de seis y el de cuatro estuvieron de acuerdo. El bebé no opinó, porque no hablaba ni caminaba, por tanto cargaron con él.

Se fueron por el camino del sur, aprovechando la sombra de los trupillos. A cincuenta metros encontraron la primera mata de isso, pero no tenía frutos. Los tres se iban turnando para cargar al pequeñito. El de cuatro, cuando le tocaba el turno, casi no podía dar un paso y sus brazos apenas le alcanzaban para sujetarlo por la cintura. Los otros aprovechaban este momento para correr y tirarse terrones de barro, esconderse entre los cactus y lanzar palos a las tórtolas, con la esperanza de cazar una, pues las tórtolas se comen fritas y son deliciosas.

La verdad, tenían hambre porque cuando sus padres se fueron solo les dieron un pocillo de chicha cerrera, hasta el bebé tomó su totuma de chicha.

Bueno, continuó. Se desviaron al oriente y, por suerte, encontraron un isso con frutas, pero eran pocas y estaban pequeñísimas, a cada uno le tocaron seis y nada más.

Siguieron revisando en el monte. Las lagartijas azules corrían veloces persiguiéndose. El sol estaba alto y el calor hinchaba la piel.

—Tengo sed —dijo el de cuatro.

Se dirigieron al pozo que había donado una empresa petrolera, que también construyó un abrevadero para las cabras y una gigantesca alberca con grifos metálicos a cada lado para que tomaran el agua con racionalidad. Allí acudían todos los habitantes de la zona, pero algunos wayuu no trataban bien las llaves y las habían roto, colocando en su lugar tapones de madera, pero la presión del líquido los expulsaba y se derramaba de día y de noche; así, alrededor del pozo se había hecho un arroyito que corría hacia el Norte.

Cuando divisaron el pozo entre los dividivis, corrieron ansiosos; el de cuatro se retrasó porque con dificultad sostenía al bebé. Exhausto, al llegar, lo puso en el suelo y se pegó a beber de uno de los grifos. En verdad el agua no era muy dulce, pero era lo único para tomar.

Nadie más había, a esa hora del mediodía en aquel paraje. El silencio estaba colmado de cantos de perdices y de balidos de ovejas escapadas de los rebaños. El niño de ocho descubrió cerca un arbusto de isso lleno de frutillas moradas y grandes. Los tres empezaron a comer, a diez metros otro isso los llamaba, tal vez era el suelo húmedo por el derrame que mantenía las plantas paridas. Descargaron cuatro arbustos y, cuando se dieron por satisfechos, volvieron a buscar al bebé, allí lo vieron: su cabecita estaba dentro del arroyito. Lo alzaron, pero no gorgoriteaba, no se reía, no lloraba. Le limpiaron el barro de la cara y el niño de ocho lo cargó todo el trayecto de regreso. Lo acostaron en el chinchorro, bajo la enramada y lo cubrieron con los flecos. Después construyeron una carretilla con trozos de cacto y jugaron el resto de la tarde con ella.

Mappa llegó a eso de las cinco, preguntó por el bebé y le dijeron que estaba durmiendo. La mujer encendió el fogón en el centro del patio, como hacen todos los wayuu al caer la tarde,

preparó un arroz de cecina y comieron juntos.

Ya estaba oscureciendo cuando empezó a colgar los chinchorros en el rancho, porque los wayuu se acuestan temprano. Aquella noche, la luna estaba llena y subía suavemente por el Oriente, iluminando las aldeas. Mappa miró largamente el chinchorro bajo la enramada, su hijo no se movía. Su marido prendió un tabaco y se sentó junto al fogón. ¿Dónde habrá aprendido este indio a fumar? se preguntó la mujer, mentalmente. Decidió acompañarlo hasta terminar su cigarro. Los tres chicos corrieron a acostarse y pronto se durmieron, porque cuando Mappa entró a buscar la lámpara de petróleo para encenderla, respiraban sosegados. Cerró la puerta para que no entraran los zancudos y se dirigió al chinchorro bajo la enramada, desenrolló los flecos y tocó al bebé. Estaba frío, rígido. Lo movió con brusquedad, pero no reaccionó. Llamó a gritos a su marido.

Bebé había partido por el camino luminoso, al cielo infinito creado por Dios para los wayuu.

UNA VEZ EN LA VIDA

Taléin había vivido diecinueve lluvias y era el más hermoso de los jóvenes de la ranchería Amaichon. Sompa, su papá, era palabrero y lo llevaba desde niño a los arreglos de paz entre clanes wayuu, por eso Taléin había aprendido a callar y a decir solo palabras amables. En una conciliación sobre un cobro por el robo de tres vacas, conoció a Shái, una adolescente del clan Apshana. Le gustaron sus risueños ojos negros, sus dientes blancos en formación perfecta y esa piel como cobre pulido por artesano.

Arrobado, la siguió hasta el jagüey y le pidió agua. Ella se la brindó en una totuma labrada y el amor entre los dos se inició como un río encajonado.

Se pusieron una cita en la yonna que celebrarían los Sijona, para pedir lluvia al Dios de los wayuu. Taléin bailó con ella. Aquella noche la luna amarilla parecía colosal y el aroma de los guamachos maduros endulzaba el aire.

Shái no dejaba que el muchacho se le acercara mucho. Eso la definía como mujer pura y enamoraba más a Taléin. Deseando impresionarla, pidió la caja e interpretó el toque “Cortejo de una joven mujer”. El tamborileo se escuchó firme por una hora a más de diez kilómetros. Sompá debió pagar el cuero de la caja porque Taleín lo rompió por la fuerza imprimida y las manos le sangraron por la presión a las baquetas.

Luego se vieron en la carrera de caballos de los Uriana en Cucurumana. Taléin montó un animal parduzco y aunque la bestia era hábil y enorme llegó de última porque su jinete pesaba mucho y los otros competidores eran niños. Él se dio por satisfecho, pues solo quería que Shái lo viera espolear al animal y dominar su rienda.

A los tres meses de conocerla la fiebre interna que le daba cuando la veía no cesaba, sino cuando se sumergía una hora completa en el arroyo. Le había mandado para demostrarle su amor una múcura de Uribia y un sombrero de Siapana.

Una tarde cuando las mujeres ya habían encendido el fogón en el centro de la ranchería, exaltado le comentó a su papá.

—Quiero casarme.

En ese instante las llamas del fogón flamearon con desespero. Sompa solo afirmó con la cabeza y miró largamente el camino por donde llegaban las visitas, pero no hablaron más del asunto.

Taléin le mandó un recado a Shái para verse en el viejo pozo de agua de los Apshana. Cuando la tuvo cerca, le pasó suavemente la mano por el hombro. Ella tenía gotitas de sudor en la nariz. Estaba hermosa con su manta de flores monumentales y sus *guaireñas* de colores incandescentes.

—Voy a pedirte en matrimonio. Creo que mi papá me dará la mitad de la ofrenda por ti,

el resto lo recogeré entre mis parientes. Antes de fin de año estaremos juntos —dijo el joven, mirándola a los ojos.

Aunque Shái no expresó nada, sintió una explosión de felicidad en su corazón.

A los dos días, cuando apenas se levantaba el sol, llegaron buscando a Sompa para el arreglo del caso de un pequeño que hirió a otro con un tronco lanzado sin intención de daño. El palabrero expresó.

—Mi hijo me ha escuchado abogar por la paz desde niño. Es apto para ser su conciliador.

Talén se fue con los wayuu y regresó por la tarde contento. El arreglo había sido fácil. Los demandados entregarían tres chivos y uno sería para él por su trabajo.

—Será el primer animal para la dote de tu mujer —le dijo su papá.

El joven sentía que era el más feliz de la tierra. Los árboles cantaban a su paso y cada amanecer recreaba el paraíso primitivo.

Una noche oscura donde solo se escuchaba el canto lejano de los búhos, seis hombres, con los ojos encendidos como llamas tocaron la puerta del palabrero. Sus caballos resoplaban jadeantes.

—Mataron a nuestro hermano menor, necesitamos un arreglo o iniciaremos una guerra —explicó el líder.

—No sale un wayuu de su rancho después de haberse acostado —les recordó Sompa—. Pero mañana, cuando el dolor sea menor, escucharé sus descargos.

Así fue, el palabrero acompañado de Taléin y tres vecinos respetables, visitó la ranchería de los Bouriyu. Desde el amanecer hasta el ocaso escuchó las explicaciones, valoró las pruebas y ajustó el valor de la compensación demandada por la sangre derramada. Como la noche se cerró precipitadamente sobre ellos, los Bouriyu los invitaron a quedarse bajo la enramada.

La negociación se prolongó por seis meses, parecía que Sompa conseguiría un arreglo pací-

fico. A todas las conversaciones lo acompañaban sus tres vecinos y Taléin. Fueron tan frecuentes las visitas que el hijo del palabrero socializaba con las jóvenes del clan Bouriyu.

Cuando por fin llegó el acuerdo de paz celebraron con *friche* y chirrinchi. Todos estaban satisfechos. Se escuchaban explosiones de risa y voces altas que narraban historias remotas. Parecía que toda la tierra guajira cantara por el pacto de vida. Taléin tomó licor por primera vez y a los cinco tragos sintió como si navegara en un barquito en alta mar en medio de una borrasca. Como la bulla por el jolgorio era mucha, le colgaron un chinchorro en un rancho aparte. Se quitó la camisa y el pantalón a tirones. El sueño le cerraba los ojos. Pasado un tiempo sintió un cuerpo tibio que le bajaba el calzoncillo y lo abrazaba. Sus ojos se resistían a abrirse. Pensó que estaba amando demasiado a Shái para tener esos sueños. El olor era distinto al de su princesa, pero esos brazos lo aprisionaban con firmeza.

En ninguno de los dos hubo conmoción, solo se movió el tiempo.

El sol irrumpió raudo por entre las rendijas del barro y avisó de un nuevo día. Bañado de luz supo que había dormido con una mujer como de cuarenta años. La había visto durante los arreglos llevándole chicha y agua a los hombres. Taléin notó su amabilidad con él, pero no pensó que le gustara. La mujer se despertó también y sonrió. Le faltaban dos dientes y el resto eran unas cascaritas negras a punto de quebrarse. El joven no sabía qué decir. Rápidamente se puso la ropa y fue al molino a lavarse.

A los tres días se acercó un palabrero enviado por los Bouriyu a la casa de Sompa. El padre de una mujer de cuarenta años, viuda, con dos hijos, solicitaba que Taléin pagara el abuso de haberse acostado con su hija. Y expresaba que una vez entregada la dote podía tomarla por esposa.

Sompa no opuso reparo. Pidió solo tres semanas de plazo para entregar dos mulas,

cinco vacas, cincuenta chivos y tres collares de *tuuma* y oro.

—No quiero a esa mujer —se quejó Taléin.

—Ya la tomaste —cortó el padre.

—Yo no quise —se excusó el muchacho.

—Aceptaste —concluyó Sompá.

A los treinta días llegó Túpa, la cuarentona. Vino en una mula azabache y cuatro mochilones con mantas, chinchorros, enseres de cocina y sus dos hijos.

La madre de Taléin la recibió y le dio un rancho desocupado para vivir. El muchacho lloró amargamente ante su mamá.

—Amo a otra mujer.

—Puedes tener las dos —lo consoló la madre.

—Quiero una sola —dijo el joven ahogado en lágrimas.

Le envió cientos de recados a Shái, pero ella no acudía a su llamado. Las noticias, como las nubes corren raudas en La Guajira y pronto supo que había quienes pretendían a la joven por esposa. Desesperado volvió a insistir a su papá.

—Eres palabrero, sabes escuchar; oye mi dolor. No he cortejado a Túpa.

—Ahora no tenemos bienes para comprar otra mujer.

—Pide a Shái Apskana para mí. Solicita un plazo largo y yo trabajaré para ofrendarla.

Sompa fue a interceder por su hijo al clan Apskana y pronto regresó con la respuesta.

—Ella dijo que no te quiere por marido y se va a vivir a Venezuela.

Talén lloró como un niño en las piernas de su madre y quienes lo escuchaban se lamentaban por él.

—¿De dónde le saldrán tantas lágrimas? —Se preguntó su abuela.

—Se le deshizo el corazón y le está saliendo por los ojos —dijo su tía Yaya.

Cuando por fin, a los siete días, cesó el sollozo, le comunicó a su padre.

—Iré a Parenska donde mi tío Kotorrón, criaré chivos, pero no aceptaré a Túpa por esposa.

—Eres el único wayuu que desprecia una mujer —dijo Sompá sorprendido.

En Parenska todos los días fueron grises para Taléin. Caminaba como ciego tras el rebaño, tropezaba con los árboles y se hería con las espinas de las tunas. Enflaqueció hasta los huesos. Infinitas veces Kotorrón lo encontró gimiendo junto a las cabras.

—Una mujer no es la vida de un hombre —le aconsejó su tío—. Viaja a otras tierras, tal vez te vuelvas a enamorar y tus hijos alegren tus días.

A los dos años de vivir en Parenska supo que Shái se había casado con un wayuu venezolano y estaba embarazada.

La noticia convirtió a Taléin en el indio más triste de la Guajira. Absorto gastaba sus ojos mirando el horizonte, buscaba en la soledad borrar su memoria. Secuestrado por sus penas arriaba sus chivos con gritos lastimeros y su familia, aunque no lo expresaba, sabía que el amor le duraría siempre porque los wayuu que se enamoran lo hacen solo una vez en su existencia.



El propósito de *Clásicos en cordel* es promover la lectura para impulsar ciudadanías activas y comunicar al público universitario la cultura en su sentido más incluyente de autoras, autores, textos, tendencias, lenguajes, contenidos regiones y épocas. “La centralidad de la lectura y la escritura son condiciones básicas para la educación a lo largo de toda la vida, para la construcción de una ciudadanía responsable y la libre circulación del conocimiento”.



Vicenta María Siosi Pino (1965, San Antonio de Pancho, La Guajira), del clan Apshana, es una de las más destacadas escritoras contemporáneas wayuu, la nación indígena más numerosa de Colombia, que también se extiende por territorio venezolano. Siosi cursó estudios secundarios en Riohacha, estudió comunicación social y periodismo en la Universidad de la Sabana en Bogotá e hizo una especialización en planificación del desarrollo regional y municipal en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Ha sido jefe de prensa de la gobernación de La Guajira, libretista, profesora universitaria y documentalista para televisión¹. Ha recibido varios premios y distinciones, y sus relatos han sido publicados en diversas antologías. En 2002 salió a la luz su libro de narraciones

1 Su documental “Origen y fuerza del matrimonio wayuu en el presente siglo”, de 1995, puede verse aquí: <https://youtu.be/Arn4zKlgXnU>.

El dulce corazón de los piel cobriza, en 2004 apareció *Shikl omirra tepichi wayuu/ Juegos de los niños wayúu*, y en 2017 el libro con sus más recientes relatos, *Cerezas en verano*.

Como un creciente número de escritores y escritoras indígenas en Latinoamérica, Vicenta Siosi es una intelectual de frontera que se mueve entre distintas culturas y lenguas –su cultura de origen y la de los *alijunas* (no wayuus), el wayuunaiki y el español, las rancherías wayuu y una gran urbe como Bogotá–. Siosi es también una intelectual orgánica que da voz a su pueblo, en particular a las mujeres, cuyo compromiso estético, ético y político signa tanto su obra como sus actuaciones en la vida pública de La Guajira. En defensa de su pueblo, la autora lideró la oposición en contra del proyecto de desviación del río Ranchería, el único de La Guajira.

Vicenta María Siosi es heredera de la riquísima tradición oral wayuu, así como de la tradición literaria escrita más antigua entre los pueblos indígenas de Colombia, tradiciones

conectadas entre sí. En la tradición oral destacan los relatos mitológicos que expresan una compleja cosmovisión y los *jayeachi*, cantos narrativos en *wayuunaiki*, que casi nunca se escriben. En la tradición literaria la producción wayuu abarca novela, cuento, relato y poesía, en formato bilingüe o en español, nunca exclusivamente en *wayuunaiki*. Hasta los noventa, la literatura wayuu había sido un monopolio masculino, que Vicenta Siosi rompió al empezar a publicar sus relatos –el primero fue “Esa horrible costumbre de alejarme de ti”, de 1992– y posicionarse como una escritora importante en la literatura indígena contemporánea de La Guajira y de Colombia. Su obra trata los problemas contemporáneos de su pueblo. Sus personajes, muchos de ellos niños, niñas o adolescentes indígenas, enfrentan con habilidad y astucia los desafíos que les impone el mundo no indio, tal como lo han hecho históricamente los wayuu. La perspectiva de género es bien importante en su obra y le confiere una gran novedad a su producción literaria, gracias

a la cual podemos acceder al mundo de las mujeres indígenas y a sus retos problemáticos como el matrimonio por compra, que Vicenta Siosi critica en varias de sus narraciones. Sus relatos aluden también de distintas maneras a la larga historia de resistencia y negociación de los wayuu, a sus costumbres e instituciones y a otros temas sociales como la vergüenza étnica, las relaciones entre los wayuu y los *alijuna*, el racismo de la sociedad regional y nacional hacia esta sociedad indígena, la asimilación forzada y la avasalladora modernidad impuesta a su pueblo. La preocupación por la degradación ambiental y por los animales y la naturaleza anima también su literatura, así como los dilemas de la crianza, la vida cotidiana y el amor de pareja entre el pueblo wayuu, como bellamente lo ilustran los dos relatos que acompañan esta entrega de Clásicos del Cordel.

María de las Mercedes Ortiz Rodríguez
Universidad del Valle

El bebé duerme / Una vez en la vida / Vicenta Siosi

pertenece a la colección *Clásicos en cordel*,
editada por el Centro Editorial
de la Facultad de Ciencias Humanas
de la Universidad Nacional de Colombia.

El texto fue compuesto con tipos

Ancízar y Minion Pro.

Se terminó de imprimir
en Xpress Estudio Gráfico y
Digital, en la ciudad de Bogotá,
en julio del año 2021

Clásicos en cordel
Número 3

El bebé duerme / Una vez en la vida / Vicenta Siosi

COMITÉ EDITORIAL

Marta Zambrano
Patricia Simonson
Ángela Zárate Díaz
Patricia Trujillo Monton
Carlos Guillermo Páramo Bonilla
William Díaz Villarreal
Paolo Vignolo
Rubén Darío Flórez Arcila

UNIVERSIDAD NACIONAL

DE COLOMBIA

SEDE BOGOTÁ

Facultad de Ciencias Humanas

DECANO

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

VICEDECANO ACADÉMICO

Víctor Viviescas

VICEDECANA DE INVESTIGACIÓN Y

EXTENSIÓN

Nubia Ruiz Ruiz

DIRECTORA DE BIENESTAR

Eucaris Olaya

DIRECTOR DEL CENTRO EDITORIAL

Rubén Darío Flórez Arcila

COORDINADORA EDITORIAL DE LIBROS

Laura Morales

ILUSTRACIÓN SELLO DE LA COLECCIÓN

Laura Daniela Patiño Castaño

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Juan Carlos Villamil Navarro

FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA

Pellón wayuu

Margarita Chaves

CENTRO EDITORIAL

Facultad de Ciencias Humanas

Universidad Nacional de Colombia

Sede Bogotá, Edificio 225

editorial_fch@unal.edu.co

Bogotá, julio de 2021



CENTRO EDITORIAL
Facultad de Ciencias Humanas



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA